

UNIVERSIDAD DE MONTE
ALFONSO
1920 MONTERREY, MEXICO

ÍNDICE

	Pág.
CUATRO PALABRAS	VII
PREFACIO.	IX
I.	1
II.	21
III.	40
IV.	78
V.	87
VI.	90
VII.	96
VIII.	119
IX.	124
X.	128
XI.	143
XII.	145
XIII.	152
XIV.	158
XV.	163
XVI.	173
XVII.	178
XVIII.	182
XIX.	188
XX.	200
XXI.	209
XXII.	212
XXIII.	215
TABLA CRONOLÓGICA DE LA VIDA DE NAPOLEÓN	219
CAMPAÑAS DE ITALIA.	222

VANINA VANINI

POR

STENDHAL



UNIVERSIDAD DE MONTE
BIBLIOTECA
"ALFONSO
1920 MONTERREY, MEXICO

S T E N D H A L
H E N R I B E Y L E

N. en Grenoble en 1783.
M. en 1842.

IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA. — MADRID

Era una noche de la primavera de 182... Todo Roma estaba en movimiento: el señor Duque de B..., el famoso banquero, daba un baile en su nuevo palacio de la plaza de Venecia. Todo lo que las artes de Italia, todo lo que el lujo de París y Londres pueden producir de más suntuoso, había sido reunido para el embellecimiento de este palacio. La concurrencia era inmensa. Las rubias y discretas bellezas de la noble Inglaterra habían solicitado con empeño el honor de asistir a este baile y acudían en tropel. Las más hermosas mujeres de Roma les disputaban el premio de la belleza. Una joven cuyos brillantes ojos y cabellos de ébano proclamaban romana entró acompañada por su padre; todas las miradas la siguieron. Un singular orgullo trascendía de cada uno de sus movimientos.

Se veía que los extranjeros estaban sorprendidos de la magnificencia de este baile. «Ninguno de los reyes de Europa—decían—da fiestas comparables a ésta.»

Los reyes no tienen un palacio de arquitectura romana; están obligados a invitar a las grandes damas de su corte; y el señor Duque de B... sólo convida a mujeres bonitas. Aquella noche había estado acertado en sus invitaciones; los hombres parecían deslumbrados. Entre tantas notables mujeres se trataba de decidir cuál era la más bella: la elección quedó algún tiempo indecisa; pero al fin la princesa Vanina Vanini, esa joven de cabellos negros y de ojos de fuego, fué proclamada la rei-

na del baile. Al instante los extranjeros y los jóvenes romanos, abandonando todos los demás salones, se aglomeraron en el que ella estaba.

Su padre, el príncipe don Asdrubale Vanini, quiso que bailase primero con dos o tres soberanos de Alemania. Aceptó luego Vanina las invitaciones de algunos ingleses nobilísimos y de gran presencia, cuyos aires estirados llegaron a aburrirla, y más tarde complacióse de preferencia en atormentar a don Livio Savelli, que parecía muy enamorado, y que era el joven más brillante de Roma, además de ser también príncipe; pero a quien si se le hubiese dado a leer una novela, habría tirado el volumen al cabo de veinte páginas, diciendo que le producía dolor de cabeza; y esto era una desventaja a los ojos de Vanina.

Hacia media noche se difundió en el baile una noticia que hizo bastante efecto. Un joven carbonario, detenido en el fuerte de San Angel, acababa de escaparse aquella misma noche, con ayuda de un disfraz, y, por un exceso de audacia romántica, al llegar al último cuerpo de guardia de la prisión, había atacado a los soldados con un puñal; pero había sido herido, los esbirros le perseguían en las calles por el rastro de su sangre, y se esperaba recobrarle.

Cuando se estaba contando esta anécdota, don Livio Savelli, deslumbrado por las gracias y los triunfos de Vanina, con quien acababa de bailar, le decía, conduciéndola a su sitio y casi loco de amor:

—Pero, por favor, ¿quién podrá, pues, gustaros?

—Ese joven carbonario que acaba de escaparse—le respondió Vanina—; al menos, ése ha hecho algo más que tomarse el trabajo de nacer.

El príncipe don Asdrubale se acercó a su hija. Era un hombre rico que desde hacía veinte años no había ajustado cuentas con su intendente, que le prestaba sus

propias rentas a un interés muy elevado. De encontrarle en la calle, se le tomaría por un viejo comediante, sin reparar en que sus manos iban cargadas de cinco o seis enormes sortijas adornadas de diamantes muy gruesos. Sus dos hijos se habían hecho jesuitas, y después habían muerto locos. El los había olvidado, pero le disgustaba que su única hija, Vanina, no quisiera casarse. Tenía ya diez y nueve años, y había rechazado los más brillantes partidos. ¿Qué razón tenía para esto? La misma que tuvo Sila para abdicar: *su desprecio por los romanos*.

Al día siguiente del baile, Vanina observó que su padre, el más negligente de los hombres, y que en la vida se había tomado el trabajo de coger una llave, cerraba con mucho cuidado la puerta de una escalerilla que conducía a un cuarto situado en el tercer piso del palacio. Este cuarto tenía ventanas que daban sobre una terraza llena de naranjos.

Vanina salió a hacer algunas visitas en Roma; a la vuelta entró el coche por los patios traseros, por estar interceptada la puerta principal del palacio con los preparativos de una iluminación. Vanina levantó los ojos, y vió con sorpresa que una de las ventanas del cuarto que su padre había cerrado con tanto cuidado, estaba abierta. Despidió a su dama de compañía, subió al desván del palacio, y a fuerza de buscar llegó a encontrar una ventanilla enrejada que daba a la terraza llena de naranjos. La ventanilla abierta que había observado estaba a dos pasos de ella. Sin duda, esta habitación estaba habitada; pero ¿por quién? Al día siguiente, Vanina logró coger la llave de una puertecilla que daba a la terraza de los naranjos.

Se aproximó con gran cuidado a la ventana, que aun estaba abierta, ocultándose tras una persiana. En el fondo de la habitación había una cama y en la cama había

alguien. Su primer movimiento fué para retirarse; pero vió un vestido de mujer echado sobre una silla y, mirando mejor a la persona que estaba en la cama, notó que era rubia, y al parecer muy joven. No dudó más de que fuese una mujer. El vestido, echado sobre una silla, estaba ensangrentado; también había sangre en unos zapatos de mujer colocados sobre una mesa. La desconocida hizo un movimiento; Vanina advirtió que estaba herida. Un lienzo grande, manchado de sangre, cubría su pecho; este lienzo sólo estaba sujeto por unas cintas y no eran los dedos de un cirujano los que lo habían colocado en esta forma.

Vanina observó que todos los días, a eso de las cuatro, su padre se encerraba en su cuarto y en seguida iba a ver a la desconocida; pronto volvía a bajar, e iba en coche a visitar a la condesa Vitteleschi. Apenas salía su padre, Vanina subía a la terracita, desde donde podía mirar a la desconocida. Su sensibilidad estaba vivamente excitada en favor de esta joven tan desgraciada y pretendía adivinar su aventura. El vestido ensangrentado, echado sobre una silla, parecía haber sido agujereado a puñaladas. Vanina podía contar los desgarrones.

Un día vió mejor a la desconocida, cuyos azules ojos estaban fijos en el cielo, y que parecía rezar. Luego, sus bellos ojos se llenaron de lágrimas; y a la joven princesa le costó trabajo no dirigirle la palabra.

Al día siguiente Vanina se atrevió a ocultarse en la terracita antes de que llegase su padre. Vió a don Asdrubale entrar en el cuarto de la desconocida, llevando un cestillo con provisiones. El príncipe parecía inquieto y habló poco y tan bajo que, aunque los cristales estaban abiertos, Vanina no pudo oír sus palabras. El príncipe salió en seguida.

—Preciso es que esta pobre mujer tenga enemigos terribles—pensó Vanina—, para que mi padre, de un ca-

rácter tan apático, no se atreva a confiarse a nadie y se tome el trabajo de subir ciento veinte escalones todos los días.

Una noche, al acercar Vanina suavemente la cabeza a la ventana de la desconocida, se encontró con la mirada de ésta, y todo quedó descubierto. Vanina cayó de rodillas, exclamando:

—Os amo, aceptad mi amistad.

La desconocida le indicó que entrase.

—Perdonadme—exclamó Vanina—; ¡cómo debe pareceros ofensiva mi estúpida curiosidad! Os juro el secreto, y, si lo exigís, no volveré nunca más.

—¿Quién no tendría satisfacción en veros?—dijo la desconocida—. ¿Habitáis este palacio?

—Sin duda—respondió Vanina—. Pero veo que no me conocéis: yo soy Vanina, hija de don Asdrubale.

La desconocida la miró con sorpresa, se ruborizó mucho y añadió:

—Dignaos hacerme esperar que vendréis a verme todos los días; pero desearía que el príncipe no conociese vuestras visitas.

El corazón de Vanina latía con fuerza; los modales de la desconocida le parecían llenos de distinción. Esa pobre muchacha había, sin duda, ofendido a algún poderoso; ¿habría, quizás, matado a su amante, en un momento de celos? Vanina no podía dar una causa vulgar a su desdicha. La desconocida le dijo que había recibido en el hombro una herida que le llegaba hasta el pecho y que le hacía sufrir grandemente: a menudo tenía la boca llena de sangre.

—¡Y no tenéis un cirujano!—exclamó Vanina.

—En Roma, como sabéis—dijo la desconocida—, los cirujanos tienen que dar a la policía una información exacta de todas las heridas que cuidan. El príncipe se digna vendar mis heridas con este lienzo.

La desconocida evitaba con una perfecta gracia el compadecerse de su accidente; Vanina la amaba con locura. Una cosa, sin embargo, sorprendió mucho a la joven princesa, y fué que en medio de una conversación, ciertamente muy seria, la desconocida reprimió muy difícilmente una súbita acometida de risa.

—Me gustaría—le dijo Vanina—conocer vuestro nombre.

—Me llaman Clementina.

—Pues bien, querida Clementina: mañana, a las cinco, vendré a veros.

Al día siguiente Vanina encontró muy mal a su amiga.

—Quiero traerlos un cirujano—dijo Vanina, besándola.

—Preferiría morir—dijo la desconocida—. ¿Puedo yo comprometer a mis bienhechores?

—El cirujano de monseñor Savelli-Catanzara, el gobernador de Roma, es hijo de uno de nuestros criados—prosiguió vivamente Vanina—; es afecto a nosotros, y por su posición no teme a nadie. Mi padre no hace justicia a su fidelidad; voy a hacerle llamar.

—¡No quiero cirujanos!—exclamó la desconocida con una vivacidad que sorprendió a Vanina—. Venid a verme y si Dios debe llamarme a su seno, moriré dichosa en vuestros brazos.

Al siguiente día la desconocida estaba peor.

—Si me amáis—dijo Vanina al separarse de ella—veréis a un cirujano.

—Si viene, mi felicidad se desvanece.

—Voy a enviarle a buscar—añadió Vanina.

Sin decir nada, la desconocida la retuvo, y cogió su mano, que cubrió de besos. Hubo un largo silencio; la desconocida tenía lágrimas en los ojos. En fin, abandonando la mano de Vanina, y con el mismo aire con que habría ido al patíbulo, le dijo:

—Tengo que hacerlos una confesión. Anteayer, mentí al decir que me llamaba Clementina; soy un desgraciado carbonario...

Vanina, sorprendida, retiró su silla, y luego se levantó.

—Comprendo—continuó el carbonario—que esta confesión va a hacerme perder el único bien que me une a la vida; pero es indigno de mí engañaros. Yo me llamo Pietro Missirilli; tengo diez y nueve años; mi padre es un pobre cirujano de San-Angelo-in-Vado; yo soy carbonario. Sorprendieron nuestra *venta*; me condujeron, encadenado, de la Romaña a Roma. He pasado trece meses metido en un calabozo, alumbrado de día y de noche por una lámpara. Un alma caritativa tuvo la idea de salvarme: me vistieron de mujer, y al salir de la prisión y pasar delante de los guardias de la última puerta, uno de ellos maldijo a los carbonarios, y le di una bofetada. Os aseguro que no fué una vana bravata, sino simplemente una distracción. Perseguido de noche por las calles de Roma, después de esta imprudencia, herido a bayonetazos, perdiendo ya mis fuerzas, subí a una casa cuya puerta estaba abierta; oía a los soldados que subían tras mí, y salté a un jardín, cayendo a pocos pasos de una mujer que se paseaba.

—¡La condesa Vitteleschil, la amiga de mi padre—dijo Vanina.

—¡Qué! ¿Os lo ha dicho?—exclamó Missirilli—. Como quiera que sea, esta dama, cuyo nombre no debe ser nunca pronunciado, me salvó la vida. Cuando los soldados entraban en su casa para prenderme, vuestro padre me hacía salir de allí en su coche. Me siento muy mal; desde hace unos días este bayonetazo del hombro me impide respirar. Voy a morir, y desesperado, puestó que no os veré más.

Vanina había escuchado con impaciencia y salió rápi-

damente. Missirilli no encontró piedad alguna en aquellos ojos tan bellos, sino sólo la expresión de un carácter altivo al que se acaba de ofender.

Por la noche apareció un cirujano; venía solo. Missirilli se desesperó; temía no volver nunca a ver a Vanina. Hizo preguntas al cirujano, el cual le sangró, pero sin responderle, y guardó el mismo silencio en los siguientes días. Los ojos de Pietro no se apartaban de la ventana que daba a la terraza por la que Vanina acostumbraba a entrar; era muy desgraciado. Una vez, hacia media noche, creyó advertir a alguien en la sombra de la terraza: ¿sería Vanina?

Vanina venía todas las noches a pegar su mejilla a los cristales de la ventana del joven carbonario.

— ¡Si le hablo—se decía—estoy perdidal! ¡No, no debo verle nunca más!

Tomada esta resolución, se acordaba, a su pesar, de la amistad que había tomado por este joven, cuando tan estúpidamente le creía una mujer. ¡Después de una tan dulce intimidad, había, pues, que olvidarle! En sus momentos más razonables, Vanina estaba aterrada del cambio que había tenido lugar en sus ideas. Desde que Missirilli se había descubierto, todas las cosas en que ella tenía costumbre de pensar se habían como velado, y no se mostraban sino lejanamente.

Aun no había transcurrido una semana, cuando Vanina, pálida y temblorosa, entró en la habitación del joven carbonario acompañada del cirujano. Venía a decirle que era preciso obligar al príncipe a hacerse reemplazar por un criado. No permaneció diez segundos; pero algunos días después, por humanidad, volvió de nuevo con el cirujano.

Una noche, aunque Missirilli estaba mucho mejor, y Vanina no tenía ya el pretexto de temer por su vida, se atrevió a venir sola. Al verla, Missirilli se sintió com-

pletamente feliz, pero pensó en ocultar su amor; ante todo, no quería apartarse de la dignidad conveniente a un hombre. Vanina, que había entrado a verle con la frente cubierta de sudor, y temiendo palabras de amor, quedó desconcertada ante la amistad noble y afectuosa, pero muy poco tierna, con que la recibió. Se marchó sin que él tratase de retenerla.

Algunos días después, cuando volvió, la misma conducta, la mismas protestas de respetuosa adhesión y de eterno reconocimiento. Muy lejos de tener que poner un freno a los transportes del joven carbonario, Vanina se preguntó si sólo ella amaba. Esta joven, hasta entonces tan altiva, sintió amargamente toda la extensión de su locura. Afectó alegría y aun frialdad, y menudeó menos sus visitas, pero no pudo decidirse a dejar de ver al joven enfermo.

Missirilli, ardiendo en amor, pero pensando en su obscuro nacimiento y en lo que se debía a sí mismo, se había prometido no descender a hablar de amor más que en el caso de que Vanina dejase de visitarle durante ocho días. El orgullo de la joven princesa combatió paso a paso.

— ¡Pues bien!—se dijo al fin—, si le veo es por mí, es por darme gusto, y jamás le confesaré el interés que me inspira.

Hacía largas visitas a Missirilli, que le hablaba como lo habría hecho si veinte personas hubiesen estado presentes. Una noche, después de haber pasado el día detestándole y prometiéndose ser con él aún más fría y más severa que de ordinario, le dijo que le amaba. Pronto no tuvo nada que rehusarle.

Si su locura fué grande, hay que confesar que Vanina fué completamente dichosa. Missirilli no pensó más en lo que él creía deber a su dignidad de hombre; amó como se amó por la primera vez a los diez y nueve años

y en Italia. Tuvo todos los escrúpulos del amor-pasión, hasta el punto de confesar a esta joven princesa tan activa, la política que había usado para hacerse amar. Estaba sorprendido del exceso de su felicidad.

Pasaron velozmente cuatro meses. Un día, el cirujano dió de alta a su enfermo. —¿Qué voy a hacer?—pensó Missirilli—: ¿permanecer oculto en casa de una de las más bellas jóvenes de Roma? ¡Y los viles tiranos que me han tenido trece meses en prisión sin dejarme ver la luz del día crearán haberme acobardado! ¡Italia, tú eres verdaderamente desgraciada, si tus hijos te abandonan por tan poco!

Vanina no dudaba de que la mayor felicidad de Pietro fuese la de quedarle consagrado para siempre; parecía demasiado dichoso; pero una palabra del general Bonaparte resonaba amargamente en el alma de este joven, e influía en toda su conducta con respecto a las mujeres. En 1796, al abandonar a Brescia el general Bonaparte, los munícipes que le acompañaban a las puertas de la ciudad le decían que los bresanos, amaban la libertad mucho más que todos los demás italianos.

— Sí—respondió—, la aman para hablar de ella a sus queridas.

Missirilli dijo a Vanina con aire bastante turbado:

— En cuanto llegue la noche es preciso que salga.

— Ten mucho cuidado de volver a entrar en palacio antes de que amanezca; te esperaré.

— Al amanecer estaré a muchas millas de Roma.

— Perfectamente—dijo fríamente Vanina—; ¿y adónde iréis?

— A Romaña, para vengarme.

— Como yo soy rica—continuó Vanina con aire muy tranquilo—espero que aceptaréis de mí armas y dinero.

Missirilli la miró algunos instantes sin pestañear; después, arrojándose en sus brazos, le dijo:

—Alma de mi vida, tú me haces olvidar todo, hasta mi propio deber. Pero puesto que tu corazón es tan noble, mejor debes comprenderme.

Vanina lloró mucho, y quedó convenido que Pietro no abandonaría Roma más que dos días después.

— Pietro—le dijo ella al siguiente día—, me habéis dicho a menudo que un hombre conocido, que un príncipe romano, por ejemplo, que pudiera disponer de mucho dinero, estaría en estado de prestar los más grandes servicios a la causa de la libertad, si alguna vez está el Austria empeñada lejos de nosotros en alguna gran guerra.

— Sin duda—dijo Pietro sorprendido.

— Pues bien: tenéis corazón; sólo os falta una alta posición; yo os ofrezco mi mano y doscientas mil libras de rentas. Me encargo de obtener el consentimiento de mi padre.

Pietro se arrojó a sus pies; Vanina estaba radiante de alegría.

— Os amo con pasión—le dijo—; pero yo soy un pobre servidor de la patria, y mientras más desdichada es Italia, más fiel debo yo serle. Para obtener el consentimiento de don Asdrubale, sería preciso desempeñar un triste papel durante muchos años. Vanina, rechazo tu mano.

Missirilli se apresuró a obligarse por esta palabra. El valor iba a faltarle.

— Mi desgracia—exclamó—es que te amo más que a la vida, es que abandonar Roma es para mí el peor de los suplicios. ¡Ahl! Por qué no está Italia libre de los bárbaros! ¡Con qué gusto me embarcaría contigo para ir a vivir a América!

Vanina se quedó helada. Esta repulsa de su mano ha-

bía sorprendido a su orgullo; pero pronto se echó en los brazos de Missirilli.

— Nunca me has parecido digno de ser amado—exclamó—; si, cirujanillo mío, soy tuya para siempre. Eres un gran hombre, como nuestros antiguos romanos.

Todas las ideas del porvenir, todas las tristes sugerencias del buen sentido, desaparecieron; fué un instante de amor perfecto. Cuando pudieron hablar razonablemente, dijo Vanina:

— Estaré en Romaña casi al mismo tiempo que tú. Voy a hacerme ordenar los baños de la Poretta. Me detendré en el castillo que tenemos en San Nicolo, cerca de Forli...

— ¡Allí pasaré mi vida contigo!—exclamó Missirilli.

— Mi destino en lo sucesivo es atreverme a todo—continuó Vanina con un suspiro—. Por ti me perderé, pero no importa... ¿Podrás amar a una muchacha deshonrada?

— ¿No eres mi mujer—dijo Missirilli—y una mujer adorada para siempre? Yo sabré amarte y protegerte.

Tenía Vanina que cumplir sus deberes de sociedad. Apenas dejó a Missirilli, cuando éste comenzó a encontrar su conducta bárbara.

— ¿Qué es la *patria*?—se dijo—. No es un ser a quien debemos reconocimiento por un beneficio, y que sea desgraciado y pueda maldecirnos si faltamos a él. La *patria* y la *libertad* son como mi capa: una cosa que me es útil, que debo comprar, es verdad, cuando no la he recibido en herencia de mi padre; pero, en fin, yo amo la *patria* y la *libertad* porque estas dos cosas me son útiles. Si no me sirven para nada, si son para mí como una capa en el mes de agosto, ¿para qué comprarlas, y a un precio enorme? ¡Vanina es tan belial! ¡Tiene un genio tan singular! Harán por enamorarla y me olvidará. ¿Cuál es la mujer que nunca ha tenido más que un

amante? ¡Estos príncipes romanos, a quienes desprecio como ciudadanos, tienen tantas ventajas sobre mí! ¡Deben ser bastante amables! ¡Ahl, si parto, me olvida, y la pierdo para siempre.

Al mediar la noche, Vanina vino a verle; él le dijo la incertidumbre en que venía de estar sumido, y la discusión a la cual, porque la amaba, había librado esa gran palabra de *patria*. Vanina era muy feliz.

— Si tuviera que escoger en absoluto entre la *patria* y yo—se decía—, yo tendría la preferencia.

El reloj de la iglesia vecina dió las tres; el momento de los últimos adioses llegaba. Pietro se arrancó de los brazos de su amiga. Bajaba ya la escalerilla, cuando Vanina, reteniendo sus lágrimas, le dijo sonriendo:

— Si hubieras estado cuidado por una pobre mujer del campo, ¿no harías nada para agradecersele? ¿No buscarías la manera de pagarle? El porvenir es incierto, vas a viajar en medio de tus enemigos; dame tres días por agradecimiento, como si yo fuese una pobre mujer, y para pagarme de mis cuidados.

Missirilli se quedó. Al fin salió de Roma. Gracias a un pasaporte comprado en una embajada extranjera, pudo reunirse con su familia. Fué una gran alegría, pues se le creía muerto. Los amigos quisieron celebrar su bienvenida matando a uno o dos carabineros (es el nombre que se da a los gendarmes en los Estados del Papa).

— No matemos sin necesidad a un italiano que conozca el manejo de las armas—dijo Missirilli—; nuestra *patria* no es una isla como la dichosa Inglaterra; lo que nos faltan son soldados para resistir a la intervención de los reyes de Europa.

Algún tiempo después, Missirilli, estrechamente cercado por los carabineros, mató a dos con las pistolas que Vanina le había dado. Pusieron a precio su cabeza.